

LOS LÍMITES DE QUITO

Desde su nacimiento paleolítico, oscuro y brillante como la obsidiana, Quito ha transitado imponente, inspiradora e inquietante por miles de años de historia, siendo escenario y protagonista de abundantes períodos significativos. De joya estratégica del imperio Inca, de asidero de un rico sincretismo cultural que tuvo su apogeo con el arte barroco durante la dominación española, a cuna del espíritu pionero independentista en Latinoamérica, el aire casi mítico que envuelve a la ciudad se debe en gran parte a su carácter multifacético. 482 años después de su fundación y su bautizo como San Francisco de Quito, la ciudad se erige, monumental como siempre, pero ya no sirve como centro de acopio de riquezas a ninguna monarquía. Ahora, Quito figura como una metrópolis de clase mundial –categorizada como Ciudad Beta por GaWC (Globalization and World Cities)- con una importante función integradora tanto económica como culturalmente.

Sin embargo, no es su densidad, el hecho de ser capital ni haber sido nombrada por cuarta vez consecutiva como principal destino en Latinoamérica lo que convierte a Quito en una ciudad global. Hay quienes miden a una ciudad por lo que puede dar; otros más escépticos, por aquello que no te quita. Pero lo cierto es que Quito puede ganarse el favor de cualquier persona independientemente de su posición dentro de este espectro. La carita de Dios es una ciudad de contrastes. En ella no existen dos eventos o elementos mutuamente exclusivos. Los opuestos no solo se atraen: comulgan, se fusionan y el nuevo espacio entre ellos no lo ocupa una amplia escala de grises sino la gama entera de los colores terciarios. Desde la conjunción de arquitectura colonial y vanguardista, pasando por la diversidad cultural y étnica de sus habitantes, hasta los impredecibles arrebatos del clima en un mismo día, Quito ofrece un generoso rango de experiencias y oportunidades a quien transite sus calles. Estos recorridos desarrollan el olfato y la debilidad por lo pintoresco, incitan a ahondar más y más, perderse en los recovecos y dejarse engullir por una ciudad que es más animal que ciudad: cuyos colmillos son puntas de la cordillera y cuyo estómago es uno de los más eclécticos hervideros culturales hoy en día. Así, Quito no es un máquina sino un organismo vivo que late y respira con un ritmo al que resulta muy difícil resistirse.

Para aquellos que temen que algo les pueda ser arrebatado en su agitado paso por la vida de ciudad, Quito extiende un don más bien particular: permite elegir entre zambullirse en sus venas y ser parte de algo realmente grande u optar por la privacidad, la comodidad del anonimato o incluso, la soledad entre mares y ríos de gente. Una ciudad que cobija a sus hijos –biológicos o adoptivos- por igual con sus regalos naturales, pero que también les da la oportunidad y los inspira a escoger cada mañana, es una ciudad en la que vale la pena vivir y sembrar. De ahí que puede albergar a cualquier ciudadano que se considere “ciudadano del mundo”. De ahí que la ciudad deje su impronta en la obra de quienes se han permitido crear en ella. Si bien el imponente Pichincha en el Oeste, desde el cual se aprecian en los amaneceres despejados el Cotopaxi, el Cayambe y el Antisana, constituye un límite a la vista, a la geografía y al propio ego humano, en Quito el verdadero límite lo pone uno mismo. Y aquello resulta

invaluable cuando se trata de una ciudad con un gran pasado, sí, pero que ya no vive de reminiscencias sino que está totalmente segura de su lugar en el futuro, al que no le quita los ojos de encima.

Jael Olivo